

U N PARALOGISMO DE ACTUALIDAD

A TOPICAL PARALOGISM

Carlos Vaz Ferreira

El paralogismo consiste en atribuir a la realidad las contradicciones en que a menudo se incurre, y muchas veces es forzoso incurrir, en la expresión de la realidad; en transportar la contradicción, de las palabras a las cosas; en hacer de un hecho verbal o conceptual, un hecho ontológico.

Muy sucintamente voy a indicar el proceso de ese paralogismo y a explicar por qué hoy es más oportuno que nunca estudiarlo, prevenirlo y corregirlo.

La realidad es como es. La realidad es percibida como es percibida. Estas proposiciones son verdaderas; son la verdad (tanto en el caso de que sean una sola expresada en formas diferentes, como sostendrá tal vez el idealista riguroso, o en el de que sean dos, como podrá admitir el realista: prescindimos, pues, de esta complicación).

Para simplificar el principio de nuestra exposición, vamos a presentar la primera de nuestras proposiciones, o nuestra proposición en su primera forma, descompuesta así: las cosas son como son (o los seres son como son). El Señor de la Palisse suscribiría esta nueva proposición con tanta facilidad como la primera; la Filosofía, ya no, porque notaría que ambas no son, o pueden no ser, equivalentes; y haría entonces sus reservas sobre lo que podría haberse introducido de ficticio, o de esquemático, o de "pragmático", con esa noción de individualidad, que implica la noción, difícil de pensar, de identidad, de permanencia en el tiempo; pero, de estas nuevas complicaciones, prescindamos también por el momento. Las cosas son como son. Cada cosa es como es.

Ahora, a propósito de una cualquiera de esas cosas, que es como es, yo emprendo explicar cómo es. No puedo hacerlo total y adecuadamente, debido a la misma naturaleza del lenguaje. Dentro de esa imposibilidad, habría un medio, el menos imperfecto en cada caso desde el punto de vista de la exactitud: enumerar uno a uno los fenómenos que ocurren actualmente en la cosa en cuestión, y todos los que han ocurrido en ella en cada momento del pasado. Comprendamos bien, desde luego: cuando se dice que un modo de expresarse más particular es menos esquematizante que uno más general, no hacemos sino una diferencia de grado: se me ocurre que, para explicar esto, Bergson emplearía la siguiente metáfora: entre un lenguaje de términos muy poco generales y otro de términos muy generales, hay la diferencia que entre un montón de polvo y un montón de piedras: el tamaño de las "concreciones", nada más; el primero será más a propósito para hacernos imaginar lo fluido, lo continuo; pero, en realidad, tan discontinuo es uno como otro; y, del mismo modo, aunque el lenguaje poco general sea representación menos empobrecida de lo mental, sería siempre una expresión inadecuada. En cuando a W. James, es posible que se le ocurriera esta otra imagen: nuestro discurso representa el "stream of thought" como esas líneas y flechas de las cartas marinas representan las corrientes de agua; y, en una carta detallada, donde se usen muchas flechas y muchas rayas para indicar en cada lugar la dirección, la velocidad y otros datos, claro es que se da una representación menos inadecuada que cuando se representa la corriente por unas pocas líneas; pero la diferencia

es de grado, y esa representación esquemática es en uno y otro caso inadecuada por naturaleza. Podría demostrarse que es así; pero, como cabe también evitar estas nuevas complicaciones, entremos, de inmediato, a estudiar los hechos como la práctica los muestra: es ello que nosotros sentimos la necesidad de generalizar, para abreviar nuestra expresión de lo que sabemos de cada ser: ayer, en tal momento, tal célula de Pedro sufrió tal modificación; tal otra se modificó de tal manera; tal elemento de él se movió en tal dirección, etc.; resumimos todo eso en una expresión más general, diciendo, por ejemplo: Pedro pegó a Antonio; y, para expresar a la vez este acto de Pedro y otros varios actos de Pedro, aplicamos a este ser una calificación, y decimos: Pedro es agresivo; y, para expresar los hechos reales y posibles que este término expresa, conjuntamente con otros muchos hechos reales y posibles de que Pedro sería autor, empleamos otro término aún más general: Pedro es malo.

¿"Pedro es malo"? Un momento; veamos: esto es demasiado sencillo, y Pedro no es tan fácil de juzgar. Sin duda, Pedro ha tomado parte en dos o tres incidentes personales en que me consta que no fue el agredido; recuerdo hasta que fue preso y condenado por uno de ellos; es un personaje brutal: a su mujer, le ha pegado más de una vez; pero, por otra parte, es hombre de una probidad intachable; escrupulosísimo en sus negocios, aun en esos casos en que los hábitos comerciales han establecido una tolerancia convenida, y es caritativo, además, y muy sobrio, y un modelo de fidelidad conyugal. No es fácil decir lo que es: es malo y no es malo: hay verdaderas contradicciones en ese hombre...

Tal vez es la marcha psicológica de una apreciación semejante a la que hacemos todos los días: se ve cómo ésta nos ha traído a la consecuencia de que hay contradicción en Pedro; de que Pedro es un individuo contradictorio. ¿Es ello cierto? Sin duda, si a esa expresión no le atribuimos otro sentido que el que tiene legítimamente, a saber: que para hablar de Pedro en términos generales, me veo obligado a emplear expresiones que se contradicen; a decir, p. ej., que es malo y que no es malo, sin perjuicio de explicar en seguida en qué sentido es malo, en qué sentido no lo es, etc. Más fácil me hubiera sido hablar de Juan, quien, al mismo tiempo que actos de violencia, ha ejecutado robos y adulterios; pero Pedro, que es como es, no es más contradictorio que Juan, que también es como es; ni más contradictorio, ni menos contradictorio, porque las cosas, en sí, no son contradictorias ni dejan de serlo: son como son. Lo que hay es que, dada la connotación que hemos atribuido a los términos de nuestro lenguaje, nos resulta fácil hablar de Juan, del cual podemos dar una explicación prácticamente suficiente calificándolo de "malo", y nos resulta difícil hablar de Pedro, al cual no cuadra tan bien ninguna de nuestras calificaciones de significación hecha, lo que nos obliga, si queremos usar de tales calificaciones, a aplicarle una de ellas en sentido afirmativo, a aplicársela en seguida en sentido negativo, a explicar en qué sentido le corresponde, en qué sentido no le corresponde, lo que supone en el que habla y en el que comprende, un proceso psicológico de correcciones, modificaciones, limitaciones... Pero se comprende cuán fácil ha de ser caer en nuestro paralogismo, que consiste, como ya lo hemos anticipado, en objetivar ilegítimamente esa contradicción, en atribuirla al ser, en pensar como contradictoria en sí a la cosa de que no podemos hablar (en términos de cierta generalidad) sin contradecirnos.

Presentado así, el paralogismo es tan simple y fácil de evitar, que no parece importante escribir al respecto: basta, nos decimos, con recordar aquella distinción que aprendimos en el manual de Lógica, a propósito del principio de contradicción: una cosa no puede ser a y no a, al mismo tiempo y del mismo punto de vista: cuestión de punto de vista, o, mejor todavía, de variación de connotación del predicado. Pero esa impresión es la que sentimos generalmente cuando se nos presenta el esquema lógico de cualquier falacia: otra cosa muy distinta es librarse en la realidad, y en todo momento, de caer en falacias de las que, simplificadas, tendrían ese esquema por expresión lógica.

Cuando estudiamos en los tratados lo que es una petición de principio o un círculo vicioso, nos parece inconcebible que en estado de salud mental se pueda incurrir en tales falacias. Hasta la ambigüedad de términos y la ignorancia de la cuestión, nos parecen causas de error que cualquiera persona de juicio medianamente recto podría evitar con un poco de atención; y, entre tanto... Lo que hay es que esos tratados, o nuestra manera de entenderlos, nos hacen pensar predominantemente en las falacias, no como son en la realidad psicológica, sino como serían si el que incurre en ellas hiciera el mal raciocinio de una manera clara, expresa, discursiva. Mucho hizo Stuart Mill por corregir esta tendencia, con su estudio de los sofismas de pruebas indistintamente concebidas; pero creo que se equivocó al suponer que las falacias de confusión eran una clase de las falacias; más bien, y ya que es fuerza establecer esas clases, refiriendo también a ficticios esquemas típicos nuestros malos razonamientos como los hacemos con los buenos, más bien hay que presentar las falacias de confusión, no como una clase de falacias, sino como un modo de caer en las falacias, sea cual sea su clase. De manera que habrá diversos modos psicológicos de caer en las falacias: sin razonar, o casi sin razonar (simple inspección, a cuya pretendida clase se aplicaría la misma observación); razonando muy confusamente, menos confusamente, y así por grados hasta el caso en verdad menos común del mal raciocinio distintamente concebido. Todo esto nos llevaría muy lejos: basta haber sugerido cómo es posible que nuestro paralogismo produzca efectos considerables. Pero hay algo más importante todavía, en el mismo sentido: pensando ligeramente, tenemos tendencia a creer que sólo puede caer en una falacia la persona que no tiene inteligencia, o instrucción, o experiencia lógica suficiente para evitarla, y que quien sea capaz de no incurrir en la falacia no caerá nunca en ella; error, una vez más, procedente de nuestra misma costumbre de simplificar los procesos mentales; así será, y aun no demasiado categóricamente, para el caso extremo; e indudablemente podemos afirmar que en la inteligencia de tal persona, cuya inteligencia e instrucción conocemos, no llegará tal falacia a formarse completa y definitivamente clara; pero eso no quiere decir que, incipiente, indecisa, subdiscursiva, no origine ella en esa mente estados confusos, no perturbe u oscurezca en ciertos momentos el proceso intelectual, o lo vele ligeramente, o entorpezca la exposición, la desnaturalice o la enturbie como por una oscura acción de presencia (me desespera tener que usar estas metáforas: el lector querrá interpretarlas de acuerdo con la buena psicología).

En cuanto a ejemplos, no sólo sería fácil buscarlos en los autores, sino que en ciertos casos hasta encontraríamos a nuestro paralogismo trascendentalizado en sistemas. "Todo cambia; todo deviene, uno y vario a la vez; todo es y no es...": modos de hablar y de pensar que trascendentalizaron la contradicción por un proceso psicológico que tal vez ya se inicia en el solo hecho de individualizar, de aislar, en el seno de la realidad, seres, que seguimos llamando por su nombre y pensando como los mismos, y en este sentido son "unos", aunque ocurran en el tiempo variaciones que, afectándolos, hagan que se pueda decir o pensar que no son unos, o que no son idénticos, tomando ahora estos términos en otro sentido. De esta trascendentalización de nuestra insuficiencia verbal o conceptual, salió algún sistema de Filosofía; pero no ahondo en el ejemplo, porque, ni tengo seguridad absoluta de lo que ahora estoy pensando al respecto, ni deseo tratar en este artículo cierta cuestión que sería imprescindible poner en claro, y que, para no ahogar el tema principal, estoy evitando penosamente desde el principio; a saber; si la contradicción que resulta ilegítimamente objetivada, es un hecho verbal, o si es también un hecho conceptual, y si tiene sentido, y cuál, esta distinción que hago entre lo verbal y lo conceptual; de lo cual se pasa sin solución de continuidad a discutir sobre la naturaleza del pensamiento, sobre la del lenguaje, sobre sus relaciones, y sobre toda la psicología y toda la lógica. De modo que me contentaré con este ejemplo simple: razonar por tesis,

antítesis y síntesis, es un procedimiento prácticamente convenientísimo en una inmensa cantidad de casos. Las cosas son como son: pero, como yo no tengo, ni puedo tener, un término que sugiera total y adecuadamente cómo es la cosa de que hablo; como, dada la naturaleza de nuestro lenguaje, lo que tengo a mi disposición son términos que sugieren esquemas típicos en que hay de más y de menos para la cosa (y con mayor razón si el sujeto es ya, él mismo, general o vago), me resulta un buen procedimiento, en la práctica, sugerir primero un esquema, por una expresión, en seguida, otro esquema, por la expresión contradictoria, y, después, atacada ya de este modo la engañosa simplificación producido en los demás y en mí mismo, por el conflicto de esquemas, un estado oscilante y confuso favorable al mejoramiento de la comprensión-, aplicarme a un trabajo de rectificaciones y de limitaciones que, sin suprimir a la expresión su inadecuación fundamental [salvo cuando nuestra intención es tratar de los esquemas mismos, como en Matemáticas, o talvez de realidades muy simples], la van haciendo cada vez menos inadecuada, hasta obtenerse una aproximación cada vez mayor. Este modo de pensar no es más que un caso del modo de pensar de los espíritus analistas y concienzudos (tal vez éste, a su vez, un perfeccionamiento del modo de pensar de todo el mundo, que, cuando tratan asuntos de cierta complejidad, empiezan porque de algún modo hay que empezar) por una proposición simplista, y después la corrigen, la limitan, la matizan, la apenumbra, por toques cada vez más delicados, como el dibujante que empieza por un trazado de líneas rígidas y después lo trata por el claroscuro. Lo que hay es que, dentro de ese procedimiento generalísimo de partir de esquemas y esfumarlos, el especial que consiste en partir de dos esquemas en vez de uno, y de dos inconciliables, resulta muy especialmente bueno, porque el mismo conflicto de los dos esquemas crea un estado mental oscilante, impreciso, muy plástico por consiguiente, y especialmente propio para recibir los más delicados retoques. Pero trascendentalizar todo esto, darle una especie de carácter ontológico, lo que se ha hecho algunas veces explícitamente y muchas veces implícitamente, no es más que un caso de nuestro paralogismo.

En formas de esa especie, tendía él a manifestarse en aquellos períodos en que los hombres producían y acogían preferentemente esas construcciones mentales grandiosas y simplistas que son generalmente los sistemas. Hoy predomina otro modo de pensar, y es interesantísimo estudiar la forma que el mismo paralogismo reviste en el pensamiento actual. Con ese objeto he escrito este artículo.

Nuestro perfeccionamiento mental con relación a anteriores épocas, se manifiesta en las cosas que pensamos y en la manera de pensarlas: pensamos más cosas, y pensamos mejor; y esta segunda adquisición es tan valiosa, que, si fuera forzoso desprenderse de una de las dos, yo conservaría la segunda.

Cuando nuestra inteligencia enfoca una región -cualquiera- del conocimiento, y analiza a fondo, ocurre algo parecido a lo que pasa cuando, después de haber observado a simple vista, vamos aplicando instrumentos de potencia creciente a una parte cualquiera del cielo. Allí donde no veíamos más que algunos puntos de luz de ubicación cierta y descripción fácil, van apareciendo otros nuevos en progresión hipergeométrica; al fin, todo es una especie de confusión luminosa: - mientras más luz más confusión-; y cuando llegamos ahí, hace ya tiempo que han perdido sus sentidos los sistemas, que, como las hidras, los dragones y demás mitos del cielo, no eran más que construcciones imaginativas ficticias que pasaban por los puntos más visibles.

Esos ejercicios de profundidad, aguzando extraordinariamente el sentido crítico, han ido disolviendo los dogmatismos, y han creado, por lo menos en cierta élite intelectual, cierta mentalidad que, hablando ahora con intencional vaguedad, llamaremos un escepticismo... ¡Oh! no es un escepticismo sistemático, como los del pasado: -en aquellas épocas, ¡hasta el escepticismo era un sistema!; el de ahora es de otra clase, y,

recurriendo a la metáfora que más ha servido para mejorar la concepción de lo mental, me permitiré llamarlo, a él también, un escepticismo fluido. Ahora bien: mi tesis, que voy a anticipar en este momento simplificada, es la siguiente: que en ese escepticismo hay una parte legítima y otra ilegítima: un escepticismo de ignorancia, que es esencialmente bueno: bueno para el pensamiento y bueno para la acción; y mezclado con él, un escepticismo de contradicción, que, bueno también, si se conserva consciente de su propia naturaleza, esto es, consciente de que es un escepticismo erga verba, se vuelve falso y malo si se objetiva aplicándose a las cosas. Digo que este último hecho es general e importante; que perjudica bastante al pensamiento moderno, y que no es más que una manifestación del paralogismo analizado.

Examinemos esta nuestra manera de pensar moderna, en tres o cuatro ejemplos, como cortes psicológicos:

1. - Se enuncia esta doctrina higiénica: que "el secreto de la salud está en volver a la naturaleza, para lo cual debemos guiarnos por nuestras sensaciones", ¡Cuántas cosas, y qué complicadas, hace pensar esta frase! En primer lugar ¿qué es lo natural? No es una cosa fija, que se diferencie de un modo claro de lo que no es natural: en cierto sentido, todo lo que existe es natural; en otro, es natural aquello en que no interviene el hombre; y, entonces, decir que el hombre debe hacer cosas naturales... Pero demos a lo natural la significación (algo vaga) que se acuerda con el sentido común: de todos modos, lo natural en esa significación, no se diferencia de un modo preciso, absoluto, de lo que no lo es: lo que en cierto momento es "natural", no lo ha sido siempre; luego, llegó a ser natural, por transiciones, y algo de lo natural de hoy fue artificial, y algo de lo que es artificial en un momento dado está destinado a ser natural, y tal vez sea bueno que lo sea... Quizá el mejor concepto de "natural" para estas cuestiones, sea el de "conforme con la naturaleza humana"; pero no hay una naturaleza humana invariable: el hombre cambia, y decir que debe obrar de acuerdo con su naturaleza, o significa que debe obrar como obra, lo que es tautológico e inconducente, o significa que debe obrar de acuerdo con lo que el hombre ha sido por mucho tiempo, lo que, tomado como regla, suprimiría el cambio y con él el progreso; hasta hubiera suprimido al hombre, el cual no hubiera variado las costumbres del mono (en caso de descender de él) ... Bueno: dejo todas esas sutilezas, y pienso la cuestión de un modo más práctico: que nuestras sensaciones deben tenerse en cuenta, es evidente; pero ¿hay que tomarlas por guía sin crítica? De ningún modo: es notorio que nos engañan: alcohol, indigestiones, etc.; y la aplicación de la regla no es tan simple como parece. Es cierto que Spencer dice que esto se debe a que no nos acostumbramos desde niños a tomar las sensaciones por guía; pero, aún para el niño ¿que exagerada, y outrancière y simplista es su teoría!: la adaptación del niño es menos imperfecta que la del hombre, pero es imperfecta; la experiencia lo enseña, y la razón nos enseña algunas de las causas; por ejemplo: que el hombre prepara una inmensa cantidad de alimentos que no son los de la naturaleza, de manera que hasta se puede probar que la adaptación del niño es imposible; ni a la leche se adapta, su alimento "natural", debido a la vida antinatural de las mujeres... Es cierto que éstas, a su vez, vivirían más naturalmente, pero eso no atenuaría más que en parte; y, para otras cosas que no son el alimento... Bañarse, por ejemplo; ¿es natural o artificial? No encuentro un criterio claro: no lo encuentro, por ejemplo, comparando con los animales, de los cuales algunos se bañan y otros no; y, aunque consiga convencerme de que el baño es cosa natural, ¿cuáles serán los modos naturales de bañarse? ¿En el agua dulce? ¿en la salada, que fué quizá nuestro medio ancestral? pero más diluida, parece, de manera que sería más natural extenderla; pero esto sería intervenir artificialmente... ¡Al fin y al cabo, todo tiene algo de natural y de artificial! y ¿será natural bañarme en mi habitación? Es que tampoco lo sería, en rigor, tener

habitaciones: los salvajes no las tienen. Pero emplean una gran parte de su energía nerviosa en mantener el calor animal (como lo mostró Spencer en el mismo libro, sin notar que se contradecía) (se contradecía por haber generalizado mucho su primera tesis), y se perjudican... Precisamente aquí hay un punto muy interesante: los hombres civilizados, pensamos; se podrá discutir sobre si pensar es natural; y en qué grado; pero es bueno; luego hay que pensar, y es posible que, para pensar, se necesite vivir de otro modo; por ejemplo: comer otras cosas o en otra proporción que lo que correspondería según los datos puramente anatómicos y fisiológicos de la cuestión; v. gr.: que el hombre fuera corporalmente vegetariano, pero necesitara de la carne para pensar en el grado más o menos artificial en que lo hace o debe hacerlo o desea hacerlo. Realmente estos términos natural y artificial ya han acabado por perder su sentido. ¡Y con qué sencillez razona la gente sobre estas cosas! Recuerdo un libro de un curandero moderno, en que el autor combate el uso de la leche cocida, y se pregunta: "¿qué animal cuece su leche para darla a sus hijos?"; dos páginas más adelante enseña a preparar el pan de Graham, y hasta a preparar cierta infusión de cebada para los mismos niños, y no se le ocurre preguntarse qué animal fabrica pan con cereales y da a beber a sus hijos infusión de cebada (conste que la mayoría de los médicos a quienes combate, no razonan mejor, y que su dogmatismo no es menos cómico); etcétera, etc. Hay muchas oscuridades, y dudas, y contra dicciones en todo esto.

Sin embargo, en resumen, la idea de guiarse por la naturaleza es buena de aplicación; pero no como precepto dogmático, sino como un elemento de juicio indispensable para resolver los casos que se presenten; como una idea directriz para pensar, la cual completaremos, atenuaremos, corregiremos como corresponda.

2.- Con motivo de un conflicto ocurrido en cierto hospital, de cuyas salas una comisión directiva antirreligiosa ordenó quitar los crucifijos, se discute en la prensa sobre la tolerancia: unos la predicán como virtud superior; otros la combaten como un veneno de los caracteres, y muestran que todos los reformadores y descubridores eran y tenían que ser intolerantes. Yo leo a unos y a otros, y me molesta la simplicidad de sus fórmulas: "la tolerancia es buena", "la tolerancia es mala"... ¿Qué tolerancia? ¿en qué sentido? ¿en qué casos? ¿en qué grado? ¡Cuántas confusiones, en esa polémica, agregadas a la real oscuridad de la cuestión! En primer lugar, unos y otros están entendiendo por tolerancia todas estas cosas: excusar lo que creemos erróneo o lo que creemos malo; comprender la causa del error o del mal; tener poco odio, o ninguno, y hasta tener simpatía por el error o por el mal, que comprendemos; dejar de obrar o de predicar en el sentido que creemos bueno y verdadero, o atenuar nuestra acción o nuestra prédica, en consideración a creencias ajenas, o a instituciones establecidas, o por no hacer sufrir a otros hombres; hacer lo propio por no estar nosotros mismos bien seguros de lo que creemos; muchas otras cosas, todavía... En grueso, yo estoy por la tolerancia, en el sentido de procurar explicar el error, de compadecer al equivocado y aun al malo (alguna indecisión, reservas y vagos distingos en cuanto a este último punto), de no imponer ideas por la violencia, de perdonar con facilidad; siento la más honda sensación de disconformidad ante la conducta de los que obran o predicán sin haber buscado con buena fe y adquirido con firmeza la seguridad de su creencia (me cruza vagamente una reserva sobre los casos en que el dejar de obrar produce también efectos como el obrar, y, por consiguiente, parece que hay que proceder por simples creencias o por probabilidades; y esta reserva se me complica más con la idea de que posiblemente eso sucede en todos los casos, en muchos a lo menos...). Pero (y en esto me siento bien seguro) me parece malo e ininteligente a la vez dejar de obrar en el sentido de lo que juzgo claramente bueno; dejar de predicar lo que creo claramente justo (complicación a propósito de la cuestión de justicia relativa y absoluta,

y cuestiones conexas), por respetar errores, o prejuicios, o por no herir sentimientos, y aún por no ocasionar dolores; por ejemplo: tal vez se hubiera podido votar la supresión de los crucifijos, aunque en un estado mental muy diferente y en un círculo mucho más alto que los "anticatólicos" que la votaron. Se me ocurre esta fórmula: tolerante en el pensamiento; intolerante en la acción, que rechazo en seguida por muy simplista, falta hasta cierto punto, y muy equívoca, sobre todo en la segunda parte. Se me ocurre esta otra: tolerante con los hombres; intolerante con las ideas, que inmediatamente rechazo por defectuosísima; esa clase de frases forzadas son las que predominan en las discusiones de los hombres de poca escrupulosidad analítica: "pensamientos", a veces muy célebres, que nos falsean y nos violentan el espíritu; y así somos juguetes de las palabras; a tal punto juguetes de las palabras, que, en nuestro caso, por ejemplo, la fórmula opuesta: intolerante con los hombres; tolerante con las ideas, también hubiera podido seducirnos. Me quedo, pues, en lo que estaba pensando: hay que ser muy tolerante para excusar errores, para perdonar faltas y defectos; pero sin modificar por esto en lo más mínimo nuestra acción y nuestra propaganda... Pero ahora viene esto, que es grave: supongamos que, idealmente, ése sea el tipo ideal de hombre; muy bien: pero, en la realidad, resulta que la gran mayoría de los hombres están hechos de tal modo, que el hábito de la crítica y el hábito de la duda les inhiben la acción; por consiguiente ¿no será preferible que la gran mayoría de los hombres sean del tipo dogmático, exclusivista, simplista, sectario, para que obren; para que la humanidad dé la mayor cantidad posible de acción? en otros términos: (digo "en otros términos", pero el pensamiento es un poco distinto) un hombre del tipo que yo prefiero, es superior a un hombre de acción del tipo intolerante; si yo pudiera façonner idealmente la humanidad, haría que todos sus miembros fueran del primer tipo; pero, dados los hombres como son, es posible que yo no deba trabajar por aproximarlos a ese tipo ideal, porque, de hecho, y aunque consiguiera mejorar a algunos, haría de la mayoría una colección de débiles, impotentes y abúlicos; debo, al contrario, trabajar (por ejemplo: con la propaganda, con la educación, etc.) por aproximarlos al segundo tipo, al tipo de acción y voluntad: así, aunque impida el perfeccionamiento de algunos, doy una resultante general mejor... Pero, al mismo tiempo que estoy siguiendo ese pensamiento, se me han ocurrido dos cosas contra él: la primera, que la experiencia y la razón me han enseñado que es preferible trabajar siempre por la realización de lo que creemos mejor, y que el criterio opuesto es peligroso (aquí sigo otra sucesión de ideas, que no anoto por brevedad); y la segunda, que he caído en un error, por mí mismo muchas veces criticado en bastantes moralistas y propagandistas modernos, y es el de considerar la acción como algo bueno en sí, cuando la acción no es en sí mala ni buena, y es buena o mala según los casos (recuerdo ejemplos de aquel erróneo criterio, notablemente el estudio de Carlyle sobre Mahoma, que me indigna; recuerdo, al mismo tiempo, algunas observaciones muy buenas en el sentido de lo que yo pienso, que leí en un artículo de Mühlfeld... etc.); no se trata, pues, de aumentar la acción, sino de aumentar la acción buena y de disminuir la acción mala; y, como primera providencia, de reducir la acción a lo que se sabe que es bueno, o, cuando más, a lo que tiene serias probabilidades de serlo, -que es a lo que tiende mi tipo... Tengo que interrumpir este ejemplo, y abrevio los restantes.

3.- "Nada se crea; todo se pierde". Leo eso en la portada de un libro. ¡Buena frase!, no sólo para llamar la atención sobre ciertos hechos o sobre cierta teoría, sino para servir de esquema inicial en la exposición de ésta. Pero hay que hacer reservas y distinciones; por ejemplo: aún en el caso de ser ciertos todos los hechos y justas todas las interpretaciones de ese libro, ¿sería verdad decir que la materia que se desmaterializa en el sentido de dejar de ser ponderable, pero ejerciendo actividad o permaneciendo como actividad

(cuestiones: ejercer actividad, ser actividad, ¿es lo mismo?... en el caso de tener sentido todas estas frases); la materia a la cual le ocurre eso, debemos en realidad decir que se pierde? Tal vez sea cuestión de sentido de las palabras; pero ¿cómo será mejor tomar ese sentido? De todos modos, es bueno que la frase se haya escrito, para poner en cuestión la otra tradicional... etc, etc.

4.- "El socialismo es bueno, pero no es práctico", oigo afirmar. ¿Qué socialismo? ¿En qué grado? Bueno, ¿en qué sentido? Práctico, ¿en qué sentido? Y, además, empecemos por aclarar la cuestión de si puede una cosa ser buena sin ser práctica...

Así pensamos. En ese estado estamos. Cada vez que oímos o leemos las afirmaciones simplistas, absolutas, vagas, ambiguas, de los hombres, nos irisamos todos de distinciones.

Y, precisamente, cuando yo estoy diciendo que ésta es la manera de pensar moderna, hago una de esas afirmaciones simplistas que sólo responde a mi pensamiento si el lector me entiende con todas las siguientes reservas: Que no se trata de todos los modernos, sino de una élite, y que esta élite lo es por la calidad de su pensamiento, pues entre los más grandes sabios y los más potentes pensadores, hay muchísimos del tipo simplista dogmático. Que siempre hubo, en todas las épocas, espíritus analíticos y espíritus sintéticos; sólo que, sobre este punto, los espíritus analíticos de antes no eran como los de ahora: el análisis escolástico trituraba, el nuestro disuelve; aquél tendía a geometrizar más los esquemas; éste, a esfumarlos; si, en los dibujos, rígidos, aquel análisis introducía el claroscuro, era éste aparente, como en esos dibujos en que se hacen las sombras con líneas minúsculas: nosotros lo hacemos al esfumino; sobre todo: aquella forma de análisis alejaba el razonamiento de la realidad psicológica, y el nuestro lo acerca a ella. Por otra parte, los mismos espíritus sintéticos tienden hoy, en general, a matizarse, y el movimiento de su pensamiento se hace menos anguloso y nos lastima menos, debido a lo cual sus sistematizaciones ganan realmente en potencia y en seguridad. Más reservas: no creer que la irisación de distinciones es para todo lo que se afirma. ¡Al contrario!: cuando se nos habla claramente, cuando se usan términos unívocos, o se fija su sentido con precisión perfecta: cuando se determina, si es necesario, el plano de abstracción en que se piensa, o él está determinado por una convención tácita, entonces somos sencillos, y decimos sí, no, no sé, muy simplemente. Esto ocurre frecuentemente en la vida diaria, en nuestros asuntos profesionales y prácticos, en la ciencia positiva, y, aunque menos frecuentemente, en las ciencias sociales, en la filosofía. Sólo que, en cuanto el equívoco aparece, lo sentimos: un sentido crítico cada vez más delicado nos advierte su presencia, y toda nuestra inteligencia reacciona para expulsarlo, en una especie de fagocitosis lógica. Por eso evitamos sabiamente la discusión oral con quienes no están en aptitud de hacer tácitamente las mismas reservas mentales, distinciones y asociaciones nuestras. Así, pues, con todas las restricciones apuntadas, es verdad que existe una tendencia hacia la generalización y hacia el perfeccionamiento de esa mentalidad que estoy describiendo. Ahora bien: es igualmente verdad que esa mentalidad va de hecho acompañada de "escepticismo"; y de aquí la cuestión: ¿qué es ese "escepticismo"? y ¿qué hay en él de legítimo? ¿qué de ilegítimo? La respuesta es importante; hela aquí:

El primer elemento de ese llamado escepticismo, es el conocimiento de nuestra ignorancia, que la crítica y el análisis facilitan. Examinemos nuestros cortes psicológicos. En aquellas reflexiones se ve claramente cómo nuestro complicado proceso mental nos ha ido poniendo de manifiesto lo que ignoramos sobre los hechos, lo que ignoramos sobre la interpretación de los hechos: cuestiones sobre la fisiología digestiva, sobre la ascendencia del hombre, sobre anatomía y fisiología comparadas, sobre fisiología de las funciones intelectuales; cuestiones todas que el simplismo dogmático daba por resueltas,

o no planteaba, o ignoraba. Asimismo sentí mi ignorancia respecto a una serie de problemas relativos a las causas y efectos sociales; sobre grandes cuestiones físicas y cosmológicas: constitución de la materia, naturaleza de la energía, principio y fin del universo; sobre ciertos hechos experimentales (por ejemplo: no sé si los cuerpos radiantes pierden, o no, peso); etc., etc. Este punto es claro: el hábito de pensar de ese modo, nos hace ver todo lo que ignoramos, y el estado mental que de ahí resulta es uno de los elementos componentes de aquel escepticismo que estamos estudiando como un hecho; elemento sanísimo, bueno sin restricciones, para la intelección (esto, nadie lo disputa) y para la acción. El buen escepticismo no inhibe la acción: la suaviza (esto requeriría demostración aparte).

Pero este elemento no es el único del estado mental que estudiamos: hay otro. Acostumbrados a analizarlo todo, a distinguir, a comprobar que en casi todas las afirmaciones hay verdad o error según los puntos de vista; acostumbrados a sentir ya antes de razonar, por una especie de finísimo instinto adquirido, lo que hay de débil, o de exagerado, o de equívoco, o de hipotético, en las afirmaciones, -un estado mental especial se ha originado en nosotros: ese estado tan característico, hecho de desconfianza y de duda: todo puede sostenerse; la verdad y la falsedad son cuestión de punto de vista: "todo es según el color del cristal con que se mira", todos tienen razón y se equivocan... disuelva el lector el sentido de todas estas frases, y de un centenar más de frases parecidas, y obtiene el tinte del pensamiento moderno. Ahora bien: ese otro elemento del que estamos llamando escepticismo contemporáneo ¿es también legítimo, como el otro; o, éste, no lo es? Aquí la cuestión ya es menos simple: aquí hay que distinguir.

Este otro elemento, mientras permanece y en la medida en que permanece consciente, bien consciente, de que es una actitud erga verba, es legítimo y bueno. En cuanto pierde esa conciencia de lo que es, o mejor, de lo que debe ser; en cuanto se hace, más o menos claramente, más o menos permanentemente, una actitud erga res, se vuelve ilegítimo, falso, malo.

Todo esto es importantísimo, porque, debido a tal trasposición ilegítima, el pensamiento moderno ha sacado elementos de pesimismo intelectual de una fuente de optimismo intelectual.

Lo que se desprende más fundamentalmente de este afinamiento moderno del sentido crítico, de esta adquisición de hábitos de análisis, de nuestra manera matizada de interpretar las fórmulas verbales, es un hecho de significación esencialmente optimista: que vamos aprendiendo a usar cada vez mejor el lenguaje; que cada vez nos dominan menos las palabras, y cada vez más las dominamos más. Al comprender que, con fórmulas verbales, no podemos en todos los casos expresar la realidad, ni transmitir nuestros estados mentales sino por aproximación, aprendemos a manejar mejor nuestro instrumento de expresión, y éste se ha vuelto, a la vez, muchísimo menos peligroso y muchísimo más eficaz. Tómese cualquiera de los ejemplos que arriba hemos puesto: en cualquiera de ellos, después de analizar, mi conocimiento ha progresado: es más, o es mejor que antes, o las dos cosas a la vez. Por ejemplo: después de razonar sobre el "naturismo", discriminando sentidos, apreciando grados y pesando razones, reconociendo también deficiencias o ignorancias, yo he quedado más capaz que antes de resolver bien, o de resolver menos mal, o, en todo caso, de no resolver mal, un caso concreto cualquiera de los que se relacionan con esa cuestión: tengo muchas más probabilidades de resolver bien un caso concreto sobre alimentación, o sobre vestido, que un naturista, o que un antinaturista: que un ista cualquiera. El lector me hará el favor de comprobar mentalmente que lo mismo sucede respecto a cualquiera de los otros ejemplos (en cuanto a solución, cuando se trata de cuestiones de hacer; en cuanto a interpretación, cuando se trata de cuestiones de entender). Por consiguiente, a consecuencia de mi análisis, no he perdido;

he ganado. Entendámonos: ya no tengo fórmulas que me sirvan para resolver o para interpretar todos los casos; esas fórmulas, las he perdido; pero eran falsas y malas, porque me condenaban fatalmente a equivocarme en más o menos casos, y precisamente por eso, resuelvo bien los casos, y distingo los que puedo resolver de los que no puede resolver, y distingo los que resuelvo con pruebas de certeza de los que resuelvo por probabilidad, a consecuencia de lo cual gradúo mejor la creencia. Estoy, pues, en la situación del que hubiera perdido una inmensa fortuna que tenía en moneda falsa,¹ y hubiera adquirido otra más modesta, pero saneada, en buena moneda. Podrá decirse que es cuestión de temperamento el entristecerse o el alegrarse en un caso semejante; pero, razonablemente, yo creo que pocos me negarán que procede lo último: un suceso de esta naturaleza, es un suceso feliz: su interpretación debe ser optimista.

Por eso he dicho que este estado mental, mientras permanece consciente de su alcance, es legítimo y bueno: incorporado al escepticismo de ignorancia, este escepticismo de contradicción legítimo, escepticismo de contradicción erga verba, completa una modalidad mental excelente.

Pero ahora viene el hecho ilegítimo y malo: la proyección ontológica del escepticismo de contradicción.

Ante todo, una corrección: he llamado a este segundo elemento, escepticismo de contradicción, en una fórmula que usé y conservo porque es conveniente para pensar bien sobre este asunto, pero que yo mismo anuncié como esquemática. Es, en efecto, principalmente escepticismo de contradicción; pero además es otras cosas. Lo que proyectamos indebidamente sobre el plano de la realidad, no es sólo la contradicción, sino otros hechos también verbales, o que se producen con motivo del uso del lenguaje. Así, el que un término convenga a las cosas en cierto sentido y no les convenga en otro; el usar un término, y abandonarlo, y volverlo a tomar; la constatación de lo vago de las extensiones y de lo impreciso de las connotaciones; la corrección incesante de las fórmulas: este continuo sucederse de las simetrizaciones en el kaleidoscopio verbal, -todo ello engendra un sentimiento de fugacidad, de inseguridad, que, por proyección ilegítima, objetivamos; y la realidad se nos presenta como insegura, y también como engañosa y falaz; y, al concebirla, agregamos al sentimiento experimental de su variabilidad, otro sentimiento resultante de aquellas proyecciones ilegítimas, que es espurio en sí, y que además desnaturaliza al primero. Así, pues, cuando, por brevedad, yo hablo de "escepticismo de contradicción", el lector entenderá ampliamente esto: la objetivación, como hecho o como tendencia, de ciertos hechos verbales, de los cuales la contradicción es el más característico, sin ser precisamente el único, y todo lo cual se funde en un estado mental que implica pesimismo de conocimiento.²

Como sucede en general con las falacias, el número de casos en que esta objetivación de verbismos es consciente y clara, es mucho menor que el de aquellos en que se produce vaga y confusamente. También ocurre que, además de los escritores que están permanentemente en ella, hay los que en ciertos momentos caen en ella o sufren su influencia. Si, para buscarla, recorremos los textos, unas veces la vemos expresa en la forma verbal; otras, sentimos que el autor sufre la influencia de la falacia en un grado cualquiera.

Así, en el primero de nuestros ejemplos (el del naturismo) dispuse intencionalmente la expresión de modo que, en dos momentos, se tradujera en el mismo lenguaje la objetivación de la contradicción o la tendencia a ella (es cuando el sujeto dice: "Al fin y al cabo todo tiene algo de natural y de artificial", y cuando dice: "Realmente

¹ Esta comparación no es muy buena, porque las fórmulas no se pierden sino que se conservan en muchos casos como útiles de que nos servimos muy discretamente, evitando sus peligros.

² La expresión "pesimismo del conocimiento" es de Roberly.

esos términos natural y artificial han acabado por perder su sentido"); pero en el curso de todos ellos el paralogismo puede ocurrir: "Los unos tienen razón; pero también la tienen los otros; todo puede sostenerse; no hay nada cierto ni falso en sí..."; y, así, se confunde, se objetiva, y se cae en el paralogismo. Ese modo de pensar, tiende a engendrar el paralogismo, si no estamos prevenidos. A este respecto, lo más significativo es constatar el hecho en algún pensamiento de élite, en una inteligencia a la vez fuerte y sutil: hay un escritor contemporáneo que ha consagrado a la descripción de los tipos mentales algunas obras psicológicas del más alto valor; que ha descrito con un sentido de lo real de primer orden las sutilezas de los espíritus analíticos, así como las sistematizaciones de los sintéticos; que es él mismo un espíritu analítico delicadísimo, al mismo tiempo que un fuerte sistematizador; dicho todo lo cual, Paulhan no verá otra cosa que un elogio bien sincero en la elección que hago de unos pasajes suyos como ejemplos: ¿No es evidente que, en el artículo *Le mensonge du Monde*, publicado hace poco,³ se ven, o se vislumbran, proyecciones verbales ilegítimas? Por ejemplo, en este pasaje: "Tout ce qui existe n'existe qu'en s'opposant à quelque chose. Ceci est vrai des éléments des êtres comme des êtres eux mêmes. Il y a de l'opposition partout, c'est-à-dire que si l'harmonie, la systématisation est nécessaire à l'existence, l'opposition, la contradiction lui est nécessaire aussi..." (enunciado de la "Ley de oposición"). Véanse estos otros pasajes: "Ainsi l'existence suppose la systématisation et l'opposition. Et, remarquons-le, c'est encore là à la fois une harmonie et une discordance, une chose logique et une contradiction..."

"Et il y a du mensonge également, jusque dans le monde organique, et même jusque dans le monde physicochimique. La vie, la systématisation, ce mélange toujours plus ou moins incohérent d'oppositions et d'harmonies, l'existence elle-même sont mensongères... Si ces oppositions étaient supprimées, toutes les harmonies disparaîtraient, et aucune réalité ne pourrait subsister. L'aspect le plus profond et le plus général du monde, c'est le mensonge universel". O nuestra falacia ha podido entrar hasta en esa inteligencia, o, por lo menos, ese lenguaje la va a engendrar fatalmente en los lectores.

Repetimos, pues: ese modo de pensar tiende a engendrar ese paralogismo en los que no están prevenidos; y esto nos trae a lo más central de mi asunto: justamente ese modo de pensar es, en lo intelectual, la adquisición más valiosa del progreso humano. De su generalización y de su perfeccionamiento, esperamos inapreciables efectos en el mundo del pensamiento y en el mundo de la acción. En el primero, el dominio completo sobre el lenguaje, que traerá el saneamiento de la inteligencia por la eliminación de los paralogismos verbales; y entrevemos una lógica nueva, que no prescindirá de la realidad psicológica, y de la cual la Esquematología no será más que una parte. En el segundo, acariciamos una reducción del intolerantismo, de la agresividad y de la impulsividad de los hombres. Entretanto, en la época en que esa tendencia que nos es tan simpática ha empezado resueltamente a afirmarse, el pensamiento ha mostrado ciertas desconfianzas, ciertas timideces, ciertas debilidades, de las cuales algunas son plenamente justificables y legítimas, pero otras no lo son. Se trata de un pseudo escepticismo ilegítimo, originado por una causa: la proyección de cuestiones verbales sobre el plano de las cosas, que ya algunas veces, en la historia de la filosofía, se dibujó en sistema, y que hoy se manifiesta más bien por una especie de vaga sombra omnipresente que enturbia nuestra comprensión. Es, pues, de actualidad sanear nuestro estado mental de ese deseo espurio.

Lo que hay que comprender es lo siguiente: es deseable y bueno darnos cuenta de todo lo que ignoramos, discriminar lo cierto de lo falso y de lo dudoso; y, a propósito de lo cierto, determinar el plano de abstracción en que es cierto; y, a propósito de lo dudoso

³ *Revue Philosophique*, número 363. El hecho que señalo se verá mucho más fácilmente si se repasa el artículo.

y de lo probable, graduar la creencia con la mayor justeza posible; estamos aprendiendo a hacer eso, y, aunque estamos en los comienzos, tenemos derecho de sentir alguna satisfacción por lo que hemos conseguido, y fundamento para prever un progreso mucho mayor. Como otra adquisición valiosísima debemos estimar nuestros hábitos analíticos, nuestra desconfianza por las fórmulas y por las simetrizaciones ficticias verbales y conceptuales; pero comprendiendo bien que esa desconfianza no es más que la actitud que corresponde ante el hecho de la insuficiencia de los esquemas verbales y de los esquemas conceptuales (por lo menos en una inmensa cantidad de casos) para expresar adecuadamente la realidad.

El darnos bien cuenta de esto nos servirá:

1° Para estimular nuestro pensamiento, tanto en sentido positivo (mostrándonos que la ejercitación de los hábitos de pensar analíticos acerca el pensamiento a la realidad) como en sentido negativo (destruyendo inhibiciones que no tienen razón de ser).

2° Para aprender a evitar, a prevenir y a reconocer esas proyecciones ilegítimas, y a guardarnos de sus efectos.